

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 69.—15 de Enero de 1873.

---

*Dios es caridad. (San Juan,  
Eplst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES A.....

---

*La Sra. M. de C. L.* Los 82 rs. que V. cedió para limosna, como saldo de un fondito destinado á limosnas tambien, sirvió para la colacion que con otros donativos pudimos arreglar para algunas familias pobres. Trasládamos á V. con mucho gusto una parte de las espresiones de gratitud que recibimos de esas familias socorridas.

*La Sra. Doña J. R. de P.* Los 100 rs. que la caridad de V. nos envió, por mano bien caritativa tambien, tuvieron en seguida util y agradecida aplicacion. Los distribuimos por mitad entre dos familias que están hoy en la mayor indigencia y antes estuvieron en posicion desahogada. Ambas tienen enfermos é hijos pequeños; ambas nos encargaron espresar la mas profunda gratitud á su desconocida bienhechora. Una de esas familias es á la que se referia el artículo que se publicó en el número 67 de esta Revista, titulado «Un recuerdo de la Fuente Castellana.» Con 50 rs. cada una de esas pobres familias ha desempeñado alguna ropa precisa y ha habido para comer unos dias.

## LA CIENCIA DE SER FELIZ.

---

### *Artículo 1.º*

Si este epígrafe pareciere sobrado pretencioso, rogamos á quien así lo juzgue que prescinda del título y se atenga al contenido. No hemos hallado otro mas propio para nuestro objeto.

Hay tanta confusion de ideas en eso que se llama *felicidad é infel-*



*licidad*, están tan poco acordes los hombres en la aplicación de una y otra palabra, que nos ha parecido ser conveniente algo de estudio con sabor científico para adquirir sobre esta materia nociones claras y provechosas.

Todo saber requiere cierto grado de estudio, compuesto de análisis, reflexión, preceptos y consecuencias. A tales estudios debemos ese progreso admirable de las ciencias, esa perfección de las artes y esos esplendores de la civilización moderna, que á cada paso embargan nuestra mente.

Si, pues, esto es cierto, ¿por que no hemos de aplicar un estudio semejante á lo que tanto anhelamos, que es la propia é individual felicidad? ¿Acaso nos importará mas saber química, filosofía, pintura ó historia, que saber el modo de ser venturosos? Si para todo hay razones y preceptos, ¿no los ha de haber para resolver ese problema moral? ¿Preferiría nadie, como no fuese un insensato, ser sábio á ser feliz?

Pero antes de pasar adelante parécenos oír en alguien que lea estas líneas dos advertencias que se nos dirijen en son de censura.

Es la primera, que la felicidad no puede ser patrimonio de esta vida; que buscarla aquí es querer materializarlo todo, entregarse á la embriaguez del goce mundano y echar al olvido el gran principio de otra vida inmortal; principio que, si no fuera un dogma religioso, deberíamos inventar que lo fuese para satisfacer á un sentimiento innato en nuestra alma y para explicar la justicia que hay en los sucesos y condiciones de la vida, que á veces parecen ser completamente injustos.

Es la segunda, que la felicidad, aun la de este mundo, la da Dios y no se consigue con estudios ni con preceptos; que si por designios de su Providencia vienen para el hombre vientos de ventura, inútiles habrán sido los estudios para alcanzarla y poseerla; y si por el contrario cae sobre el hombre la mano fatal de la desgracia, lo que necesitará serán fuerzas y consuelos para soportarla, no preceptos para vencerla.

Nos parece que planteamos en toda su fuerza descarnada estas dos objeciones. Importa, pues, ante todo, desvanecerlas, porque, no haciéndolo así, todos nuestros argumentos y consejos perderian su convicción por venir impregnados de un carácter materialista ó impío, y nada está mas distante de nuestras creencias y de nuestros propósitos en esto y en todo cuanto hemos escrito ó podemos escribir.

Que este mundo no se ha hecho para gozar. Convenido en cierto sentido. Con dolor venimos al mundo y con dolor lo dejamos. Lá-



grimas son nuestro primer lenguaje y un suspiro nuestra última espresion; suspiro de la muerte; suspiro que por ser el último nadie ha podido esplicar, pero que debe ser de una intensidad aterradora ó beatífica, si el moribundo conserva conocimiento para comprender que con ese suspiro se estingue todo su aliento en esta vida.

¡Cómo negar estas verdades! ¡Cómo rechazar este supremo y para muchos único consuelo, cuando lo que queremos es consolar al que sufre!

Pero por lo mismo que este mundo es valle de lágrimas, porque es perecedero, porque las penas y los goces son en él transitorios, porque hay que conservar la esperanza de otra vida compensadora de las desventuras de la presente, precisamente por esto, queremos decir á los pobres y á los infelices: «Alto á quejas infundadas; »tregua á llanto inmerecido; afuera pobreza de espíritu que se acobarda ante la desgracia suponiéndola insoportable ó invencible. »Querer es poder, dijo una muger de gran corazon: querer hacerse »superior á la desgracia es haber empezado ya á dominarla y á »vencerla.

No hay, pues, incredulidad ni voluptuoso materialismo en buscar el modo de ser felices en esta vida, segun Dios permite; felices en los límites de lo posible; felices, no con una dicha esencial y perfecta, sino como antítesis y contraposicion á esa infelicidad que nuestra imaginacion ó nuestra timidez de espíritu nos avalora exageradamente. Para esto recomendamos el estudio de la felicidad, ó mas bien el estudio de no considerarnos desgraciados porque tengamos alguna desgracia.

La segunda objecion que hemos planteado tiene mas facil respuesta. Cierto es que Dios da ó quita la felicidad mundana, como ordena todo lo que sucede en el universo; pero abandonarse por esto á un abatimiento inactivo, nos parece, no solo insensato y perjudicial, sino contrario á lo que el mismo Dios nos tiene mandado. Entre el fatalismo musulman de Mahoma que dice *estaba escrito*, quitando al hombre la accion para obrar; y el precepto evangélico de Jesucristo *ayúdate y te ayudaré*, con el cual se estimula y engrandece la actividad humana para todo lo bueno, optaremos siempre por esto último, que es mas verdadero y es mucho mas consolador.

Explicado, pues, que el estudio de la felicidad es lícito, es posible y es provechoso, vamos á emprender la tarea de dar algunas nociones de esa enseñanza á los pobres de espíritu y á los desgraciados todos; pero principalmente á esas clases de la sociedad que creen tener vinculado el triste patrimonio del infortunio porque son pobres, es decir, porque les falta un poco de ese metal que se llama



el rey del mundo y mas bien pudiera llamársele el tirano trastornador de la vida humana.

No tratamos de inventar fábulas ni de entretener la curiosidad de nuestros lectores con utopias y delirios. Solo hablaremos de lo que todos conocemos y sentimos, pero que no sabemos á veces, ni analizar ni aplicar; no pretendemos erigirnos en médicos del alma con recetas reservadas á una ciencia superior. Cada hombre lleva consigo elementos de felicidad y fuerzas contra la desgracia; lo que suele faltarle es la conciencia de lo que valen tales elementos y el modo de utilizarlos. Esa conciencia es la que queremos excitar y popularizar.

Y como nos dirigimos á los sencillos y no á los sábios, á los pobres y no á los engrandecidos, aunque para todos puede servir, no pondremos cátedra de filosofía sublime y abstracta, sino conversacion práctica y clara, adaptable á todas las inteligencias.

Ancho campo nos ofrece la vida social para estos modestos consejos. Elegiremos por de pronto los mas esenciales, por ejemplo, las creencias religiosas; el freno de las pasiones; la resignacion; el amor (generalizado); la caridad; la reflexion; el trabajo y el deber cumplido; el estudio; la inestabilidad de las cosas humanas, etc. Continuaremos.

*Antonio Guerola.*

## LOS DOS NIÑOS.

---

Paseando una tarde por las solitarias alamedas del Buen Retiro, de ese poético parque que Madrid ciertamente no merece tener, puesto que ni lo frecuenta ni sabe apreciarlo, presencié un espectáculo, que al pronto me pareció completamente trivial y sencillo, pero que luego me sugirió reflexiones de algun interes.

Iba casualmente delante de mi un niño de unos ocho años, hermoso, rubio, alegre y elegantemente vestido con un bonito trage de terciopelo azul. Llevaba en la mano un aro y una gruesa pelota de goma y corria alegre y bullicioso, entretenido con ambos juguetes.

Le acompañaba un hombre respetable, su ayo ó preceptor al parecer, y yo sin querer oia palabras sueltas de la conversacion que sostenian. El niño pedia dulces, hablaba del teatro, adonde deseaba ir aquella noche, y de la carretela en que habian venido desde su casa. El viejo le ofrecia lo del teatro, le aplazaba la golosina de los



dulces por haber comido ya muchos, y le decia que corriese y juguetease, pues luego descansaria en el coche donde le esperaba su buena madre.

¡He aquí, pense yo, un niño á quien todo sonrie en la aurora de la vida! Tiene madre y preceptor, salud y alegría, viste bien, come dulces, va en coche y todo revela en él cuidados esquisitos para hacerle la existencia agradable y venturosa.

Olvidado hubiera quedado ese encuentro si no me lo hubiese recordado por la noche la lectura de una página interesante. Ojeaba yo la célebre obrita italiana titulada *Mis prisiones*, escrita por Silvio Pellico; libro precioso, que respira intensa ternura, profunda melancolía y la mas religiosa resignacion, enmedio de las amarguras de una prision injusta y dolorosa.

El célebre piemontés, entre otros episodios de su interesante diario de la carcel, cuenta el siguiente, que vamos á copiar literal para no quitarle el sabor de su evangélica sencillez:

«Vivir libre es mucho mas agradable que vivir preso. ¿Quién lo  
»duda? Sin embargo, aun en las penalidades de una carcel, si se  
»reflexiona que Dios está presente, que las alegrías del mundo son  
»pasajeras, que el bien verdadero consiste en la conciencia y no en  
»los objetos exteriores, se puede todavía vivir con placer. En menos  
»de un mes tomé mi partido, no dire perfectamente, sino de un modo  
»soportable.

»Desde los primeros dias me habia proporcionado un amigo que  
»no era el carcelero ni ninguno de los procesados. ¿Quién era?  
»Un muchacho, sordo-mudo, de 7 ú 8 años, cuyos padres por ser  
»ladrones estaban presos. La policia mantenía al misero huerfano y  
»á otros varios muchachos tambien desamparados. Vivian en una  
»habitacion frente á mi calabozo, y á una hora determinada se les  
»abria la puerta para que saliesen al patio á tomar el aire.

»El sordo-mudo se colocaba bajo mi ventana y me miraba son-  
»riéndose y haciendo gestos. Yo le echaba un buen pedazo de pan,  
»que el cogia dando un salto de alegría, corriendo despues á repar-  
»tirlo entre sus compañeros, y luego venia á comer la parte que le  
»quedaba cerca de mi ventana, espresando su gratitud con la son-  
»risa de sus hermosos ojos.

»Los demás muchachos me miraban de lejos pero no se atrevian  
»á acercarse; el sordo-mudo tenia una gran simpatía por mi  
»y no por motivo de interes. Algunas veces no sabia que hacer  
»del pan que le echaba y me hacia señas de que él y sus com-  
»pañeros habian comido bien y no podian tomar mas. Si veia  
»que un carcelero venia hacia mi cuarto, le daba el pan para que me



»lo devolviese. Y aunque nada esperase entonces de mí, continuaba  
 »jugueteando delante de mi ventana, alegrándose de que yo le viesse.  
 »Una vez un carcelero permitió al muchacho entrar en mi habitacion;  
 »apenas entró, corrió á abrazarme dando un grito de alegría. Le cogi  
 »en brazos y no hay palabras con que decir como me acariciaba.  
 »¡Cuánto amor habia en aquella alma! Como hubiera deseado edu-  
 »carle y salvarle de la abyeccion en que se hallaba.

»Nunca supe su nombre, ni él sabia que le tuviera. Siempre  
 »estaba contento y solo le vi llorar una vez que le pegó el carcelero  
 »no sé por qué. ¡Cosa estraña! Vivir en semejantes lugares parece el  
 »colmo del infortunio, y sin embargo aquel muchacho era seguramente  
 »tan feliz como puede serlo el hijo de un príncipe. Hice esta reflexion  
 »y conocí que el caracter puede hacerse independiente del lugar en  
 »que nos encontramos. Enfrenemos la imaginacion y estaremos  
 »bien en todas partes. Pronto se pasa un dia, y cuando por la noche  
 »se acuesta uno sin hambre y sin agudos dolores, ¿qué importa que  
 »el lecho se encuentre entre paredes que se llaman carcel ó paredes  
 »que se llaman casa ó palacio?»

Las palabras de Silvio Pellico sobre el pobre niño de la carcel de Santa Margarita, en Milan, me recordaron al niño feliz del Retiro.

El uno era sordo-mudo, harapiento, embrutecido, hijo de ladrones y teniendo por vivienda y por único refugio lo que otros tienen como castigo; una prision. Allí sin embargo vivía feliz solo por ver el rostro compasivo y benévolo de un preso que le demostraba simpatía.

El otro se ostentaba en toda la plenitud del bien estar infantil; todo lo feliz que se puede ser á los ocho años, aspirando la sabia de la vida alegre de la infancia, precursora probablemente de una juventud dorada, de una virilidad satisfecha y de una vejez tranquila. Familia, riqueza, salud, educacion; todo esto se veia en el bullicioso muchacho del Retiro; todo esto faltaba al pobrecito preso inocente de la carcel italiana.

¡Contraste singular!... Pero ¿que es el mundo físico y moral mas que una serie de contrastes de todos géneros, los cuales contribuyen á la belleza en lo físico y á la armonía social aun en aquello que á nuestra pobre comprension parece mas inarmónico? Siendo todos ricos ó todos pobres, no sabriamos apreciar el valor de lo que poseemos ni la necesidad de lo que nos hace falta. El contraste, la comparacion, es la que da mas valor al bien que se disfruta ó al mal que se padece.

Uno de los efectos que produce ese contraste de las situaciones de



la vida y que sirve al mismo tiempo para acercar y unir intereses apartados, es el hermoso sentimiento de la compasion, que se revela por el movimiento tierno y expansivo que los corazones generosos experimentan á la vista de los dolores ajenos.

Parece á primera vista una sensacion efimera, y sin embargo es á las veces fecunda en grandes resultados para nuestra perfeccion moral. Quien compadece la pena de otra persona, comprende intuitivamente la diferencia de condiciones, simpatiza con el sufrimiento que presencia, goza mas del bien que tiene comparándolo con las privaciones de los demás, siente por ello un movimiento natural de gratitud hacia Dios, y da expansion y salida á ese gran tesoro depositado en el corazon humano, que es la sensibilidad, adormecida algunas veces, estinguida nunca.

Todo esto se encierra en la compasion. Ejercitarla es por lo tanto fortalecerse en esos sentimientos buenos, confusamente experimentados y de los cuales apenas sabemos darnos cuenta. De los impulsos de la compasion no pueden brotar mas que acciones buenas para el que la siente y efectos provechosos para el que la inspira.

Fuera pues muy util escitar este sentimiento en los niños, su tierna edad se presta facilmente á recibir y conservar las impresiones, cuando la casualidad ó la intencion las presenta conmovedoras ante sus ojos. ¡Cuántas veces recordamos todos que inclinaciones dominantes del caracter y tendencias decisivas del espiritu han tenido su origen en impresiones y escenas de la niñez!

El imbuir pues en los niños la compasion hácia los que sufren, especialmente si son otros niños tambien, es provocar á un tiempo y de la manera mas natural la reflexion de su entendimiento y el desarrollo de la ternura de su corazon. Si se quiere, por ejemplo, inspirarles sentimientos de gratitud á la Providencia divina por el bien estar que les concede, mas que con frios razonamientos que apenas escuchan y comprenden, se les persuadirá con dos palabras sencillas al enseñarles otro niño que carezca de todo bienestar.

Si el preceptor ó acompañante del niño del Retiro quiere inspirar á su educando ese sentimiento de gratitud, lo haria provechosamente leyéndole la página de Silvio Pellico que hemos citado: con esto se pone ante sus ojos todo un cuadro de comparaciones interesantes. Padres ladrones en vez de sus padres honrados y buenos, la carcel en vez del palacio, los harapos en vez de su lindo trage de terciopelo, el pan negro en vez de golosinas, y la alegría infantil del pobrecillo recluso en vez del fastidio que á veces tendrá el niño feliz y opulento.

Esta diferencia de situaciones, tan perceptible aun en los tiernos



años, le sugeriría la natural reflexion de que siendo ambos criaturas de un Dios infinitamente justo, hay que buscar en la otra vida la razon de tal diferencia, y en los recursos de la presente el medio de hacerla menos aflictiva por medio de la compasion.

Facil es comprender lo que esta sencilla idea puede producir en una cabecita de 8 años. Ser compasivo de niño es una gran garantía para ser bueno toda la vida. Lo que hay mas temible al entrar en la edad de las grandes pasiones y en el bullicio embriagador del mundo, es llevar un corazon seco por el egoismo y desnudo de compasion. Tras el egoismo vendrá la dureza de corazon y de caracter, haciendo infeliz á quien lo abriga y contribuyendo á la infelicidad de los demás, en vez de ocuparse en atenuarla que es uno de los goces mas puros que pueden disfrutarse en esta vida donde hay tan pocos verdaderos.

*Antonio Guerola.*

## LAS CAJAS DE AHORROS.

---

La beneficencia bien entendida no consiste solo en el socorro material dado al desvalido: esta es una caridad muy recomendable, pero que remedia solo necesidades del momento. Hay otra mas trascendental y mas provechosa bajo cierto punto de vista, que es la que trabaja para instruir á los pobres en lo que puede serles verdaderamente util, y para contribuir á que no necesiten del socorro ageno.

*Siempre tendreis pobres entre vosotros*, dijo, segun el Evangelio, quien nunca anunció mas que verdades indudables y santas; pero esto no impide que sea posible disminuir su número con medidas previsoras. Y como á ello contribuyen poderosamente los números, el cálculo y el interés honradamente ganado, resulta que la economía política, que parece agena á la caridad, sale al encuentro de ella en ciertas cuestiones, no para rivalizar con sus tendencias, sino para ser su poderoso auxiliar, ilustrándose así la virtud cristiana con la ciencia.

Esa ciencia señala el ahorro como uno de los elementos productores de la riqueza; ahorro que consiste en suprimir una parte grande de lo supérfluo y cercenar otra pequeña de lo que parece necesario, guardándolas en depósito productivo para el dia en que falten ó sean insuficientes los recursos ordinarios con que cada uno cuenta para atender á la subsistencia de su familia.



Esto lo pueden hacer facilmente los ricos y apenas lo hacen: esto lo pueden hacer con menos facilidad los obreros y las gentes de escasa medianía, y sin embargo suelen hacerlo con mas frecuencia, con mas moralidad y con mas segura, aunque lenta, ganancia.

En el rico es negocio; en el pobre necesidad. El primero lo realiza para ganar mas de lo preciso: el pobre, para que algun dia no le falte lo indispensable.

Y no se crea que hay cierto antagonismo, hasta de palabras, entre *pobre* y *ahorro*, porque raye en absurdo el predicar economía para mañana al que á duras penas consigue tener el pan del dia.

Hay en esta idea dos errores. El primero es que no nos dirigimos ahora exclusivamente á los que son pobres del todo, sino que nos ocupamos tambien de los obreros y de todos los que viven con recursos escasos ó con un jornal que puede algun dia faltar ó ser insuficiente para obligaciones preferentes é imprevistas.

El segundo error consiste en que la economía cabe hasta en las menores fortunas. El obrero que recibe el sábado su jornal de la semana y separa una peseta para economizar, hace un negocio y un acto de laudable prevision, lo cual es posible á la mayoría de los jornaleros. Tampoco es imposible, aunque en menor escala, á los pobres, los cuales al recibir el socorro de algunas monedas de cobre, pueden separar una con igual objeto. En materia de economía no hay céntimo despreciable: todo es relativo; y quizás los pequeños ahorros del pobre son en justa proporcion mas útiles que las amortizaciones que hace el rico de una parte de sus ingresos sobrantes.

Pero ¿cómo se realiza esa economía productora? Antiguamente el hombre previsor no tenia mas medio de serlo que guardando sus ahorros en profundos escondrijos, que todavía descubre en nuestros dias algunas veces la piqueta del albañil al demoler viejos edificios, ó el arado del labrador al esplotar tierras abandonadas. Esos depósitos constituian una economía insegura é improductiva; insegura, porque acaso la acechaba el ojo del ladron doméstico y tambien porque la facilidad de tomarla era una tentacion aun para su mismo dueño; improductiva, porque el dinero sepultado no rinde utilidad alguna mas que gastándolo, ni es susceptible de aumentarse por sí solo.

La idea de las Cajas de ahorros salió al encuentro de esos inconvenientes de una economía poco ilustrada. Su objeto es recibir pequeñas imposiciones periódicas y abonar por ellas un interés módico, pero seguro, que se compensa con el que la Caja saca del movimiento é inversion de esos mismos fondos.

Su origen se debió á los industriosos suizos, pues la Caja que se



reputa mas antigua es la de Berna, establecida en 1787. Los ingleses desarrollaron luego y popularizaron esta sencilla invencion, y hoy se encuentra ya en todos los paises civilizados.

Las Cajas de ahorros no solo constituyen elementos de pequeñas fortunas y recursos utilísimos para un dia de desgracia, sino que son altamente moralizadoras. Inspiran y fomentan los hábitos de economía, viéndose formar un pequeño capital con entregas periódicas é insignificantes; entregas que representan dos ahorros, el de la cantidad que no se gasta y el del interés que la misma produce depositada en la Caja.

El bello ideal del pobre y del obrero, lo que mas sostiene su laboriosidad si es bueno, ó escita su envidia rencorosa si no lo es, consiste en el deseo de ser propietario de algo y de tener capital y renta por pequeña que sea, independiente del salario eventual ó del trabajo inseguro. Esto, pues, se realiza lentamente en la Caja de ahorros.

El obrero que tenga virtud para imponer en ella semanalmente una pequeña cantidad, y constancia para seguir haciéndolo durante algun tiempo, consigue la satisfaccion de saber que tiene allí guardado, garantido y á su disposicion, un modesto capital para remediar cualquiera necesidad extraordinaria, y una renta, aunque corta tambien, para utilizarla en sus atenciones ordinarias ó para dejarla acumulada al capital, que aumenta de este modo.

Hay cálculos seductores y seguros de esto. Una peseta impuesta semanalmente en la Caja, devengando interés de 4 por 100 y dejando este interés acumulado al capital, produce en el discurso de un año 212 rs.; al fin del quinto año, 1149; á los diez años 2548 rs.; y á los veinte años 6320 rs. Cien reales por una sola vez dejando acumular los intereses producen al quinto año 121 rs.; á los diez años, 147; y á los 20 años, 218.

¡Cuántas necesidades pueden remediarse con estos capitales formados lentamente y sin costosos sacrificios! El padre de familia asegura de este modo el recurso que por el tiempo le ha de servir para libertar á su hijo de la quinta: la laboriosa criada y la operaria de fábrica forman así su pequeño dote; el artesano adquiere en su dia el socorro para una enfermedad ó para una paralización del trabajo; todos, en fin, los que miran el porvenir y ven en él necesidades superiores á sus recursos ordinarios, saben que la imposicion semanal en la Caja de ahorros es el medio seguro de adquirir los medios de atender á ellas. Es, pues, una especie de glorificacion del trabajo, porque remediar con recursos propios las necesidades de la vida, en vez de abandonarse á las eventualidades de la limosna y al recurso



estremo del hospital, es altamente honroso y constituye una de las virtudes mas recomendables en la clase obrera.

La primera Caja de ahorros, que se estableció en España, fue la de Madrid, fundada en 1839: á su ejemplo las hay ya en las principales poblaciones. Y es un hecho notable y lisongero, que honra en extremo á las beneméritas personas que gratuitamente se encargan de administrar ó vigilar estos establecimientos, el que en esta época, y mas aún en las de algunos años atrás, en que las sociedades mercantiles, los Bancos, los Seguros sobre la vida y otras que en una ú otra forma tendian á la formacion de capitales con el ahorro, han sufrido tan grandes fracasos, las modestas Cajas de ahorros con su sencillo organismo y su honrada administracion se han salvado de todo quebranto y siguen siendo, mas bien en aumento que en decadencia, el depositario fiel y reproductivo de las economías de la clase media y pobre.

Fijándonos solo en el año 1871, último de que se han publicado balances, y teniendo á la vista los de las dos poblaciones principales de España, hallamos estas elocuentes cifras.

La de Madrid recibió en imposiciones 12.818.000 rs. pertenecientes á 10.152 individuos. La de Barcelona acreditaba en fin de dicho año á sus 16.000 imponentes la suma de 18 millones de reales. He aquí en solo dos capitales 26.000 personas que respondieron al benéfico llamamiento de la Caja de ahorros, y 30 millones de reales invertidos en el ahorro productivo y libertados del juego, de la taberna y de la disipacion.

Nunca recomendaremos bastante á los obreros la visita á la Caja de ahorros. Vean en ella un amigo generoso y paternal, que les guarda sus pequeños capitales y los hace productivos sin riesgo alguno.

*Antonio Guerola.*

## LA NOCHE DE NAVIDAD.

*Por E. Souvestre. (Traducido por X.)*

Era el aniversario del dia en que nació en un pesebre de la Judea aquel que debia anunciar al mundo la *buena nueva*. Todos los pueblos, discípulos de Jesucristo, celebraban la Navidad. Un viento frio que corria por las calles de Londres, llenas de escarcha, habia obligado á sus habitantes á volver á sus casas mas pronto que de



costumbre. En medio de la oscuridad que envolvía las plazas y calles, se veían iluminarse sucesivamente las ventanas y se sentían los apetitosos vapores al salir de los respiraderos de las cocinas subterráneas. La inmensa aglomeración de casas, que forman la gigantesca capital del Reino Unido, presentaban un doble aspecto: malestar y soledad en el exterior, bienestar y alegría en el interior.

Pero entre todas estas casas iluminadas y llenas de algazara, había una que se hacía notar por su silencio y oscuridad. Esta casita baja, solitaria é imponente, tenía, un aspecto triste y tétrico que hacía desconfiar á las pocas personas que por allí pasaban. Comparada con los demás edificios, hacía el mismo efecto que un desconocido arrinconado silenciosamente en la sombra á algunos pasos de una multitud alegre y animada.

Aunque ningún ruido se oía en el interior de *la casa negra* (sobre nombre que la daban los vecinos), aquel cuya vista hubiera podido penetrar en la obscuridad, hubiese descubierto en el fondo de la habitación mayor del piso principal á un hombre ya viejo, sentado en una butaca, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos. Su actitud indicaba un desaliento confirmado por los suspiros con que el solitario entrecortaba el silencio de la habitación.

En efecto, Juan Bolwer se encontraba en uno de aquellos momentos en que el hombre, apurado ya su valor, recuerda todos los sucesos de su vida y busca con sinceridad el origen de sus sufrimientos. Había empezado en voz baja y en prosa interrumpida, aquel monólogo retroactivo, que los héroes de tragedia tienen costumbre de recitar en voz alta y en versos alejandrinos.

—«¿Para qué me ha servido nacer? ¿Para qué me sirve vivir? pensaba tristemente. He quedado huérfano antes de haber podido conocer á los que me habían dado el sér; me he criado entre extraños, que han sido sucesivamente para mí maestros, iguales ó subordinados; me han enseñado los medios de enriquecerme y de ser hombre de bien y he dado á conocer que había aprovechado las lecciones, haciendo fortuna y cumpliendo con mi deber. A los cincuenta años me he retirado de los negocios, rico, estimado, sano el cuerpo y el espíritu tan libre como en la primera edad. ¿Pero qué provecho he sacado de mi trabajo y buena conducta? ¿Donde están para mí los recuerdos del pasado, las alegrías del presente y las esperanzas del porvenir? Sin embargo, la vida es dulce para la mayor parte de los hombres, pues para conservarla sufren todas las miserias. ¿Cuál es pues este encanto que yo no he podido encontrar? ¿Por qué he



agotado mas de la mitad de la copa sin llegar á conocer el sabor? Lo que hace la dicha de los demas cae sobre mí como un peso; y este dia, que trae á todos la alegría, no dispierta en mi alma mas que tristeza y disgusto. ¡Dios de Belen! á esta hora tú bajastes á la tierra para traernos el consuelo y el mundo entero suspira de alegría al recuerdo de tu aparicion. ¿Por qué en medio de la dicha general no hay nadie mas que yo que no pueda ser consolado?»

Juan Bolwer continuó asi por mucho tiempo, cavilando sin cesar y con los mismos lamentos. En vano se preguntaba que era lo que hacia á los demas agradable la vida, cuando él, favorecido con todos los dones que la hacen apetecible, no podia sin embargo sacar de ella sino la tristeza y el fastido.

Se habia aproximado maquinalmente á la ventana, y, apoyando su frente ardiente sobre el frio cristal, contemplaba una casa de la que estaba separado por el oscuro abismo de la calle. Aislada como la suya, estaba llena de claridad en todos los pisos, y los murmullos de risas que de allí salian, iban á perderse entre los rumores lejanos de la ciudad.

Los ojos de Juan Bolwer, que al pronto habian girado sin intencion por el alegre edificio, acabaron por fijarse en él; una violenta sacudida conmovió su cerebro, y le pareció que sus sentidos se habian vuelto de repente mas activos; su vista atravesaba las cortinas estendidas; su oido percibia las voces; la distancia y el obstáculo desaparecian; distinguia todo lo que en la otra casa pasaba como si fuese en la suya.

Fijó primeramente su atencion en el piso principal.

Estaba habitado por un comerciante, retirado como él de los negocios.

Rico y sin hijos, Guillermo Jacobson se habia formado un círculo de antiguos amigos, con los que compartia su fortuna, los cuales le retribuian con su buen humor y su amistad. Todos estaban allí con sus mujeres y sus hijos al rededor de una mesa servida con un gusto esquisito, en la que el antiguo mercader hacia los honores. Una libertad cordial provocaba la alegría. Los padres contaban sus recuerdos de la vida; los jóvenes se daban inocentes bromas, y los niños gritos de admiracion delante de los árboles de Navidad cargados de regalos; la alegría brillaba en todos los semblantes, y como todos se la debian á Jacobson, todos tambien se la demostraban. Su generosa hospitalidad le habia formado una familia de todas aquellas familias; los niños venian á apoyarse en sus rodillas y á pedirle besos; los jóvenes le escuchaban con deferencia, las jóvenes le ayudaban á hacer los honores de la casa; los padres



brindaban por su larga vida y prosperidad. Convidados á esta fiesta de amistad, todos se reunían, para proclamarle rey de ella, y cada convidado traía su flor para formarle una corona.

En el momento en que se levantaba de la mesa, rodeado de los convidados que le sonreían, Juan Bolwer, que creyó ver su fisonomía risueña volverse hacia él, murmuró á media voz y como para provocarle esta pregunta:

—¿Dónde encuentras, pues, tu dicha?

Y le pareció que Jacobson le contestaba en voz baja:

—En la alegría de mis amigos.

El solitario de *la casa negra* sacudió la cabeza como un caballo salvaje y dirigió su vista al segundo piso.

Allí no había convidados alegres ante una mesa suntuosa. El Teniente O'Meggi estaba solo con su mujer y sus hijos. La tetera hervía dulcemente en la lumbre y el *puding* nacional estaba sobre un velador; era todo el festín de la honrada familia, pues el teniente vivía de su retiro y tenía que sostener además á sus ancianos padres que estaban en Irlanda.

Pero si el banquete era mas modesto, la alegría no era menos bulliciosa. O'Meggi preparaba á sus hijos un entretenimiento hacia tiempo prometido y esperado con impaciencia.

Apagaron la luz y la linterna mágica acababa de dibujar sobre el lienzo estendido en la pared su disco luminoso.

Aparecían en seguida los primeros barcos de Guillermo el Conquistador, que se presentaban con brillantes banderas de colores; el Duque de Normandia, que desembarcaba con su ejército y avanzaba por los ricos campos, llenos de monasterios. Seguían los Señores feudales con su estandarte rodeado de vasallos armados.

Después cambia la escena. Se presentan los Sajones armados con grandes arcos y hachas; están atrincherados detrás de sus fortificaciones y esperan al enemigo con la vista fija en su jefe Harold: Vuelan las flechas; los ginetes armados se lanzan al galope; la batalla se ha empeñado.

A medida que cada figura pasaba, el teniente O'Meggi la explicaba á los niños asombrados.

Después de los recuerdos de la conquista, vinieron las guerras intestinas, las luchas contra el extranjero, las grandes prosperidades y los grandes desastres. De cuando en cuando se dibujaban en medio de luz los nobles hechos de un héroe ó de un bienhechor de la patria, y entonces O'Meggi contaba la vida entera de ellos al sencillo auditorio, que se exaltaba, se alegraba ó se indignaba.

Toda la historia de Inglaterra pasó así sucesivamente á la vista



de los espectadores, y el teniente encontró en todo este entretenimiento el secreto de una lección.

Fortificaba dulcemente á aquellas tiernas almas con los grandes ejemplos, les enseñaba la veneración, les iniciaba en las grandes empresas que forman á los hombres, y en los grandes sacrificios que forman á los ciudadanos.

Juan Bolwer escuchaba y miraba, veía brillar los ojos de aquellos niños, veía sus gritos de admiración y seguía con sorpresa todos los movimientos de sus corazones conmovidos. Por la primera empezaba á comprender la parte que el individuo puede y debe tomar en la vida de los demás; conocía estos puntos de contacto que nos unen con nuestros antepasados y descendientes, y veía en fin la alegría que se puede encontrar en la historia de la humanidad y en la felicidad de la patria.

La linterna mágica se había apagado y la familia del teniente O'Meggi, reunida al rededor de una pequeña mesa, conversaba alegremente sobre todo lo que acababa de admirar, tomando el té y el *puding* de Navidad.

Juan Bolwer dejó de mirar y permaneció largo rato pensativo; pero al fin su vista tropezó con la buhardilla de enfrente, y su pensamiento dejó la familia del teniente. Conocía á la pobre muger que allí habitaba, por haber utilizado algunas veces sus servicios.

Era una viuda escocesa, que vivía, como el pájaro, de lo que la Providencia le proporcionaba cada día. Sostenía con su trabajo á su nieta, que estaba enferma cerca de dos años, entre la vida y la muerte. Pero aunque fuera una carga pesada, Catalina Beans no se quejaba por ello. Aquella hija de su hijo era todo lo que le quedaba de una familia que había desaparecido. Era el último eslabón de la cadena de ternura, empezada en los regocijos de boda: recuerdos de la juventud, alegrías del hogar, esperanza para el porvenir; toda esta se cifraba en aquella débil niña, que cada día podía serle arrebatada. ¡Qué de cuidados y caricias! En vano el tiempo había encorvado á la anciana; estaba fuerte para el trabajo, que debía procurar á la niña lo que reclamaba su enfermedad. En vano la inquietud había surcado su frente; todas sus arrugas se desvanecían cuando Juanita podía sonreírse.

Pues bien: Dios acababa de concederle uno de aquellos raros momentos de alegría. Como en los demás sitios, en la buhardilla de la pobre viuda, la noche de Navidad era una noche de fiesta.

Catalina Beans había preparado también á la enferma una maravillosa sorpresa. A fuerza de trabajo y ahorros, había podido



economizar algunos maravedises para comprar un arbolito adornado con sus hojas encarnadas.

En una maceta verde estaba el arbusto con sus hojas, de las que Juanita no podía separar la vista. Se había levantado de la cama para verlo mejor; estaba sentada sobre las rodillas de su abuela, como un niño en la cuna, y contemplaba el árbol con encanto.

Sí, allí seguramente estaba la sombría verdura que rodeaba la cabaña donde había nacido. Aquellos granos de coral se parecían á los que servían á su madre para hacerle collares y braceletes. Cerca del árbol espinoso era donde los vecinos se reunían por la noche para recitar y cantar las baladas.

Llevada á aquellos lejanos recuerdos, la joven murmuraba con voz lánguida los antiguos aires escoceses; y la viuda, cuya memoria se despertaba, la ayudaba y facilitaba las palabras. Transportadas al fondo de los valles salvajes, ambas habían sentido el aire de la montaña y respirado el perfume de su infancia. ¡Encantadora vision que las libertaba por algunos instantes de la vejez, de la enfermedad y de la miseria!

Ya no veían las sucias vigas de la buhardilla, la cama de paja, los muebles carcomidos, la lumbre apagada. Gracias á la imaginación, el arbusto había crecido y lo cubría todo con sus ramas verdes; había transformado la miserable habitación en uno de aquellos nidos de verduras ocultos en las hendiduras de las montañas. Todo abundaba en donde todo faltaba un instante antes, y había sido suficiente una rama verde para realizar este prodigio, trayendo la alegría con el recuerdo.

Juan Bolwer no quiso ver más; dejó la ventana y volvió á caer en su sillón.

Se había descubierto ya el secreto, y sacó en consecuencia que el comerciante había buscado su dicha en la amistad, la familia del teniente en el amor á la patria, y la pobre viuda en los recuerdos de la infancia; todos saliendo fuera de sí mismos. Solo él había vivido sin simpatía y sin recuerdos, como la yerba inútil que crece en una callejuela desierta. ¡Ah! Entonces comprendió que para formar parte de los vivos, es preciso mezclarse con los hombres y con las cosas por medio del corazón. ¡Cuando todas las casas están iluminadas por la fiesta, se dijo á sí mismo, si *la casa negra* queda obscura y silenciosa, es porque le ha faltado siempre lo que hace resplandecer todas las tinieblas y lo que da todas las alegrías: *un poco de amor!*